

DOMINGO XVIII DEL TIEMPO ORDINARIO (A)
Homilía del P. Josep Massot, monje de Montserrat
3 de agosto de 2008

Sed bienvenidos todos los que os encontráis reunidos en esta casa de la Madre de Dios en un domingo caluroso de verano, y de una manera muy especial los que formáis parte de la Asociación grupo Belén-Verge Bruna de Barcelona, el padre escolapio que celebra entre nosotros sus bodas de oro sacerdotales y los dos matrimonios que celebran respectivamente sus bodas de oro y de plata. Y un saludo muy cordial, todavía, a todos los que se unen a nosotros desde tantos lugares, a través de la televisión, de la radio o de internet.

Hacemos nuestros vuestros deseos y vuestra acción de gracias. Como nos recordará hoy la lectura del libro de Isaías, "escuchad atentos y comeréis bien, saborearéis platos sustanciosos. Inclínad el oído, venid a mí: escuchadme y viviréis". Acerquémonos, pues, con un corazón agradecido al Señor que quiere pactar con nosotros una alianza eterna y, al comenzar esta eucaristía, reconozcamos que somos pecadores, necesitados de conversión constante.

Las lecturas que acabamos de escuchar casi no necesitan ningún tipo de comentario. Hablan por sí solas del amor que Dios nos tiene y de cómo nosotros nos podemos acercar, como los sedientos que van al agua, para acogernos a su alianza eterna, a los favores irrevocables prometidos a David. La carta de san Pablo, por su parte, nos recuerda con vigor, y con el convencimiento nacido de la propia experiencia, que nadie será capaz de alejarnos de Cristo, que tanto nos ama, ni los contratiempos, ni el miedo, ni las persecuciones, ni el hambre ni la desnudez, ni los peligros, ni incluso la muerte sangrienta, un supuesto que puede parecer teórico o exagerado, pero que en realidad se ha dado con profusión a lo largo de la historia de la Iglesia, desde los mismos apóstoles, martirizados a causa del testimonio que daban del Evangelio, hasta tantos casos de los nuestros días, en el África o en América del Sur, y sin ir más lejos en nuestro país ahora hace unos setenta años.

El evangelio nos muestra también cómo Dios, en Jesucristo, ha demostrado que nos ama y que por eso nadie será capaz de alejarnos de él. Al ver un gran gentío, Jesús se compadeció y curaba a los enfermos, e incluso era capaz, contra la recomendación de sus discípulos mismos, de compartir con la multitud los pocos panes y peces que tenían y alcanzar para todos.

La lectura que podemos hacer hoy de este fragmento del evangelio nos lleva, inmediatamente, a pensar en la celebración de la Eucaristía, pan y alimento gratuito para todo el mundo y presencia viva de Cristo, pan de vida, en la cual, como él mismo hizo, alzamos los ojos al cielo, decimos la bendición y partimos y damos los panes a los discípulos para que los repartan a la gente y coman tanto como deseen.

Sin embargo, no hace falta decirlo, no todo se acaba en el rato que dura la Eucaristía, ni en las personas que nos encontramos reunidas en un momento determinado. El mensaje de Jesús, el ejemplo que podemos deducir del evangelio de hoy, es que sus discípulos, es decir, todos nosotros -todos los que hemos sido bautizados en nombre de Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, tenemos que tratar de dar siempre comida a los que tienen hambre, no sólo hambre de pan material, sino también necesidad de ayuda espiritual de todo tipo, de afecto, de estima, de comprensión.

En un mundo cada vez más globalizado y teóricamente más rico y más autosuficiente, son muchos los que pasan hambre e incluso los que mueren cada día de hambre y de

sed materiales, pero quizás todavía son más los que sufren porque se sienten solos, porque se encuentran abandonados de los suyos, porque tienen la sensación que nadie hace caso o, peor todavía, que se sienten rechazados por la sociedad o marginados de una u otra manera.

Sepamos, pues, cada uno en su campo, hacernos continuadores de la buena nueva de Jesús y ayudemos a todos los sedientos a ir al agua y a saciarse, esforcémonos para aumentar la solidaridad entre todos los hombres y todos los pueblos y tratemos de contribuir, dentro de nuestra pequeñez, al crecimiento del proyecto de Dios y al advenimiento de su Reino.